

À eso de las once de la mañana del siguiente día y al despertarse en su habitación de la quinta de Beaulieu, el jóven no conservaba más que un vago recuerdo de lo que había pasado durante la noche anterior. Se acordaba, sí, de haber bebido mucho Champagne y de que había tocado un vals para que bailasen las mujeres; pero á contar desde aquel episodio coreográfico, todo se confundía en la sombra. Un amigo suyo que tenía que regresar á Eze, le llevó en coche á su casa. ¿Qué había dicho? ¿Qué había hecho? Era un misterio que no se encontraba dispuesto á penetrar.

Tendido en la cama, bañados los ojos por la luz que entraba á raudales, el jóven sentía un gran bienestar. Aquella postura, que le era tan penosa cuando estaba sacudido por violentos ataques de tos que le dejaban empapado en sudor, abatido y quebrantado, le producía ahora grandes delicias, sin experimentar ya aturdimientos de cabeza, con la sangre en calma y la respiración fácil. Había pasado la noche divirtiéndose, cenando en alegre compañía, desgastando sus fuerzas en una de esas fiestas que le costaban antes una semana de enfermedad, y se encontraba aquella mañana lleno de vida y dispuesto para volver á empezar. Esto le produjo gran satisfacción, pues

era la prueba indudable de su curación completa.

Se quedó recostado algún tiempo gozoso de la vida y dando luego un salto fuera de la cama empezó á vestirse. Iba y venía por la habitación, cantando alegre y sin pesar alguno. Al abrir la ventana, el aire templado acarició su frente y subió hasta él el suave olor de la clemátide. Se asomó y vió á su hermana paseándose lentamente en el terrado.

La jóven inclinaba su triste cabeza y parecía, con su vestido oscuro, llevar luto por sí misma, por su salud, su juventud y su alegría. El contraste era tan grande, que Santiago, no pudiendo desconocerlo, ahogó un suspiro. El mal se había apartado de él; pero como si necesitara otra víctima, se apoderó de la pobre Julieta, y á medida que él recuperaba la agilidad y el vigor, ella se encorbaba, pálida y débil. La enfermedad que Julieta sufría era desconocida para los médicos. Desde el día en que el doctor Davidoff llevó la fatal nueva de la muerte de Pedro, el estado de la niña se iba agravando cada vez más. Una gran languidez se había apoderado de todo su ser, y silenciosa, buscando la soledad, parecía alegrarse de aquel sufrimiento que la llevaba con gran rapidez hacia la tumba. No gustaba de que la hablasen de su salud, esforzándose



delante de su hermano ó de su madre, en vencer su melancolía; pero en cuanto se encontraba sola, caía de nuevo en su profunda tristeza.

En el momento de verla Santiago, Julieta paseaba muy despacio por el jardín, y en medio de aquella magnífica naturaleza, entre las flores y bajo el cielo de un azul purísimo, la pobre niña parecía una mancha negra. El jóven bajó. Su madre se hallaba en el salón y fué á abrazarle. La señora de Vignes le miró con atención y al verle radiante de juventud, se sonrió.

—Muy tarde has vuelto esta noche—le dijo.

—No es prudente que trasnoches así estando todavía convaleciente.

—¡Hacía tanto tiempo que no salía!

—¿Te has divertido?

—Mucho.

—No abuses, hijo mío; no seas ingrato con la Providencia, que te ha devuelto la salud. No me des motivos para inquietarme, pues bastante atormentada estoy por el estado de tu hermana.

—¿Se ha empeorado quizás?

—No. Aunque bien pensado ¿como saberlo? No se queja, hace cuanto puede para disimular su abatimiento; pero no me engaña y cada día la veo más débil... ¡Oh! ¡si Davidoff, que

tan bien te ha cuidado á ti, estuviera aún aquí!...

Al oír esta exclamación, el jóven palideció. Se le figuró ver el semblante burlón del médico ruso. ¿Qué podría hacer Davidoff? ¿Le pedirían un nuevo milagro? Santiago sabía demasiado que la ciencia médica es impotente para ciertos males, pues le constaba que los medios empleados para curarle no habían surtido efecto. El poderoso socorro que él había recibido provenía de un mundo misterioso y había sido obtenido á trueque de terrible sacrificio. ¿No era preciso para refrescar y fortificar la sangre en las venas, que otra persona diera la suya? La tradición de los humanos holocaustos practicados en la antigüedad sobre los altares de los dioses de los paganos, ¿no estaba nuevamente establecida por la abnegación de una criatura llena de salud que voluntariamente aceptaba la muerte con el fin de librar de ella á un ser designado de antemano para bajar á la tumba? ¿Podría cumplirse aquel prodigio por segunda vez? ¿Quién se sacrificaría? Pedro lo había hecho por él. ¿Quién lo haría por su hermana?

La voz de su madre le sacó de tal meditación.

—Además—prosiguió la pobre madre—aún cuando el doctor estuviese aquí ¿querría cu-



rarse Julieta? Sí le pregunto, me contesta que nada le duele, que no siente más que algún cansancio, del que no hay que preocuparse. Pero la indiferencia que afecta respecto á su enfermedad, es precisamente lo que me produce gran inquietud, pues la atribuyo a una causa moral.

—¿Una causa moral?—repitió Santiago.

—Sí. Esta niña nos oculta el pesar que mina su salud y por más que lo disimule, no puede engañarme. Hac edos meses que la estoy observando y se levanta cada día más pálida por efecto del insomnio que la turlura durante la noche. ¡Oh! sé la fecha exacta del día en que ha empezado á sufrir; se ha grabado en mi mente, feliz y triste á la vez, pues ha señalado el principio de tu convalecencia, así como el de la enfermedad de tu hermana. Sí; Julieta ha sido herida el día en que el doctor Davidoff vino á anunciarnos la muerte de Pedro Laurier...

Si en aquel momento la señora de Vignes hubiese mirado á Santiago, se habría asustado al ver la angustia impresa en el semblante de su hijo. Lo que se había dicho él, lo que había oído sin querer detenerse en profundas meditaciones, su madre se lo estaba diciendo con toda claridad.

El fallecimiento de Pedro produjo un efecto

simultáneamente saludable y pernicioso. Saludable para él, pernicioso para Julieta.

Esta certidumbre le ocasionó gran disgusto grandísimo desconsuelo con respecto á aquella inocente niña, cuyos intereses eran opuestos á los suyos hasta el punto de que lo ventajoso para él, era funesto para ella y que parecía imposible que el hermano viviese sin matar á la hermana. Una rara concepción de su espíritu le hizo ver su doble destino, simbolizado en la horrible alternativa del juego de la ruleta: «rojo ó negro». El uno color de sangre, el otro de luto. Si salía el encarnado, Julieta se moría, y si el negro, caía él de nuevo en su desgarradora agonía.

Feroz egoismo se apoderó de su mente y le alocó. Se sintió capaz de todo, incluso el crimen, para conservar la vida, á la que tanto apego tenía desde su curación. Fué cobarde hasta el punto de mirar á la niña, que enferma y pensativa paseaba por el jardín, y decirse con íntimo placer:—Dos meses há era yo el que arrastraba así en ese terrado lleno de sol; pero ahora soy fuerte y gozo de la existencia. He podido acallar mis pesares y mis quejas que parecían inútiles entonces, y dar juego á mis deseos y á mis esperanzas. Poco faltó para que perdiera todo lo que nuevamente he adquirido. La vida afluye radiante á mi ser:



¡qué importa lo que ha costado!—En lo profundo de su conciencia ni una voz se levantó para protestar contra tamaña soberbia. Su corazón permaneció mudo y su cerebro se cerró á todo pensamiento generoso. Nada contradijo en él la espantosa absolución que se daba á sí mismo de todo el mal que había costado y que iba á costar todavía su inútil existencia.

Sin embargo, en medio de esta impasibilidad moral, una frase pronunciada por su madre, le hizo estremecer. La señora de Vignes decía:

—Creo que Julieta amaba en secreto á Pedro Laurier... No me he atrevido á preguntárselo, temiendo una respuesta afirmativa, pues ¡oh desdicha! ningún lenitivo á su pesar puedo darle. ¿Hay algo más cruel para una madre, que ver á un hijo lleno de desconsuelo sin poder ofrecerle una esperanza? Esta es herida que difícilmente se cicatriza.

Pareció á Santiago que una fuerza irresistible le empujaba á esclarecer tan doloroso misterio. Tenía miedo á todo lo que se relacionaba con la muerte de su amigo, y sin embargo una curiosidad invencible le agujoneaba. Quería saber y temblaba ante la idea de conseguirlo. Deseaba callarse y no pudo menos de decir:

—Si yo la hablase... me confiaría tal vez su secreto.

—Pues bien, interrógala con mucha dulzura, y si se restiste, no la contraríes, déjala en libertad de guardar silencio.

—Así lo haré, madre mía.

Julieta en aquel momento volvía hacia la casa; la señora de Vignes hizo una última y muda llamada á la compasión de Santiago y le dejó solo.

La joven levantó la vista, y vió delante de ella á su hermano, que parecía esperarla. Un rayo de alegría iluminó su rostro, y una oleada de sangre invadió sus mejillas. Estaba trasformada, y durante algunos segundos se dejó ver la niña de otros días, feliz, alegre, llena de salud con sus diecisiete primaveras; más á los pocos instantes, una sombra pasó por su frente, la sonrisa desapareció de sus labios, y quedó pálida y triste como antes. Tomó el brazo de Santiago, y se apoyó en él con franca alegría:

—¿Estás del todo bien, hermano querido?—preguntó.

El jóven hizo una señal afirmativa, apretando suavemente la mano de Julieta.

—¡Es una gran felicidad para mamá y para mí no verte ya enfermo y desgraciado!—repuso la niña.—En verdad que no tenías mu-



cha paciencia, ni estabas muy dado á la resignación...

Y movía la cabeza, como queriendo decir: «Las mujeres tenemos más valor y somos más sufridas». En esto habían llegado ante la puerta de la casa, debajo de la marquesina, y al mismo sitio en que Davidoff hubo de anunciar á Santiago la muerte de Pedro Laurier. Detrás de las persianas, las ventanas del salón se hallaban entreabiertas, lo mismo que aquel día; pero Julieta no se encontraba, como entonces, acechando para enterarse de la desgracia ocurrida. Oyó la triste nueva, y desde aquel momento comenzó á sufrir: sabía á qué atenerse; se entristeció, y nada esperaba yá, sino el fin de su tristeza, pues nadie en este mundo podía disiparla; sólo á Dios le era dado librarla de ella.

Al llegar con su hermano al indicado sitio, se sentó tranquila é indiferente en una de las butacas de mimbre que había allí, y fijó la vista en el mar. Santiago, vacilante, pensaba: —Es preciso que la interrogué. ¿Qué le digo? ¿Como empiezo la conversación? Su inteligencia es muy perspicaz: meditará sobre cada una de mis palabras, y comprenderá el sentido de mis preguntas. La menor torpeza la pondría en guardia, y si desconfía, nada sacará de ella, y su corazón permanecerá cerrado.

—Ya estamos á mediados de Marzo—dijo con aire distraído—pronto volveremos á París. ¿No sentirás dejar este país, querida niña?

—Poco me importa el sitio en que he de estar—respondió Julieta sin estremecerse siquiera, como si pensase: «Pronto estaré en el fondo de la tumba, durmiendo tranquila el eterno sueño».

—Me figuraba que nuestra partida te causaría contrariedad y hasta pesadumbre, y por lo tanto me proponía pedir á nuestra madre que prolongase por algunas semanas la estancia...

Julieta inclinó tristemente la cabeza, poco dispuesta á manifestar sus pensamientos. Su hermano la observaba con avidez, procurando ver si sorprendía una palpitación más viva en aquel pobre corazón herido,

—Quisiera también yo—continuó Santiago—quedarme aquí algún tiempo más y no dudes de que me ausentaré con tristeza de este país, pues un lazo doloroso me liga ahora á él para siempre.

Su voz se debilitó. Temblaba cuando se veía obligado á hablar de Laurier, como si experimentase el remordimiento de una complicidad criminal en su trágico fin.

—Aquí es—prosiguió—en donde he perdido al hombre que más quería, sin que nada pueda



consolarme de su muerte. Se me figura que marchándome de aquí me alejaré más de él, no obstante que ignoramos en dónde se halla, puesto que la mar no nos ha devuelto su cuerpo, ni tuvimos le consuelo de dirigirle un supremo adiós. Este país, en dónde le he visto arder por última vez, me retiene como si tuviera la secreta esperanza de verle aparecer nuevamente algún día...

Al oír estas palabras Julieta se estremeció, levantó la vista é hizo un gesto de alegría que reprimió en seguida.

—¿Crees tú posible que no aya muerto?— preguntó.

Santiago respondió con voz ahogada:

—Su cuerpo no ha sido hallado.

—¡Ay! ¿es acaso el primero que el celoso mar no haya devuelto!—exclamó la jóven con desgarradora expresión.—¡No! no hay ilusiones que sostener, no podemos conservar ninguna esperanza. Dudoso del porvenir, desconoció á los que le amaban y desesperó de la vida. ¡Las de gracia es cierta é irreparable! ¡Pobre Pedro! no le volveremos á ver nunca, se ha ido para siempre!... ¡Ya no oiremos su voz... ni su risa... ni siquiera sus quejas!... Se ha ido á un sitio de donde no se vuelve!... ¡Ya podemos llorar, sin temor de que nuestras lágrimas sean vanas!

Así hablando, Julieta se había animado, y su dolor, menos contenido, desbordaba de su corazón á sus labios, como un torrente engrosado por las aguas da repentina tempestad. Santiago miró sobrecogido á su hermana y en la amargura del sentimiento que daba ella á conocer, buscó el joven la huella de un reproche y se preguntó:—¿Sospechará el horroroso secreto de mi vida? Si tuviera que optar por Pedro ó por mí, ¿á quién escogería? ¿cuál de los dos sería el sacrificado?

La desgraciada niña enjugó sus lagrimas y repuso después de un instante de silencio:

—Como compensación, Dios nos ha librado del temor que inspiraba tu salud. Goza feliz de la vida, hermano mío, y quiérenos mucho.

Hizo un movimiento para alejarse; pero Santiago la detuvo y mirándola cara á cara la dijo:

—¡Creo conocer la causa de tu abatimiento y de tu dolor! ¿Le amabas?

Julieta respondió sin titubear y sin turbarse:

—Con toda mi alma. Después de mi madre y de tí, era el único que ocupaba mi pensamiento.

—Apenas tienes diecisiete años. Á tu edad el luto no puede ser eterno y el porvenir te pertenece.



La pobre niña inclinó la cabeza y luego dijo con dulzura:

—Te suplico que nunca volvamos á hablar de esto; pues sería apesadumbrarme inútilmente. No soy yo de las que olvidan y se consuelan. El recuerdo de Pedro será para mí un culto que conservaré en los más recóndito de mi corazón; pensaré siempre en él; pero su nombre, pronunciado delante de mí, me proporciona un vivo dolor. Te prometo cuidarme y poner de mi parte todo lo que me sea posible para recuperar mi perdida salud. No es mi ánimo atormentaros, ni daros pesadumbres; más dejadme en libertad para sentir.

Y dirigiendo una dulcísima sonrisa á su hermano, empezó otra vez su solitario paseo por el jardín. Santiago, muy afectado, entró en la casa y se dirigió al cuarto de su madre, que le esperaba ansiosa por saber el resultado de la conversación de sus hijos.

—¿Qué has sabido?—preguntó en cuanto vió áparecer al joven.

—He hablado con ella del modo que convenimos y me ha parecido, si no razonable, por lo menos tranquila. Siente una profunda pena; pero no quiere que la consuelen. Creía yo que el prolongar nuestra estancia aquí le sería provechoso; pero me equivocaba. Lo mejor será que volvamos á París, á fin de que tome

de nuevo sus antiguas costumbres. La soledad es mala para ella, se reconcentra demasiado en sí misma; mientras que en la capital frequentará, como antes, la sociedad, se distraerá y el estado de su espíritu habrá de modificarse...

—¿Empiezo en seguida los preparativos de marcha?

—No. Dentro de quince días podremos alejarnos de este país. No hay necesidad de precipitar nuestra marcha.

—Pero hijo mío, ¿no te será perjudicial el cambio de clima? Estamos todavía en Marzo, y en París hace frío...

—¡Qué importa! Mi salud es excelente y no debemos por ahora pensar más que en Julieta.

—Está bien; obraré como me lo aconsejas.

Santiago besó con cariño las manos de su madre; llamaron á almorzar, y pasaron ambos al comedor, en donde Julieta no tardó en reunirse con ellos. Madre é hijo afectaron hablar de cosas indiferentes, sin conseguir distraer á la joven. El almuerzo fué corto, pues todos deseaban el aislamiento. Después de los postres, las dos mujeres se retiraron, cada cual á su habitación, y Santiago bajó solo hacia la orilla del mar, fumando un cigarro.

Una caleta, rodeada de encarnadas rocas, estaba bañada por las murmuradoras olas. La vegetación venía á morir á la orilla y en la



arena de la playa brotaban con fuerza algunos musgos parecidos al líquen. El joven, sentándose en el borde de una piedra, se entregó á sus reflexiones. Todo á su alrededor se hallaba desierto y silencioso. La inmensidad aparecía delante de él y encima de su cabeza sentía el inconmensurable espacio. El cielo se confundía con el mar allá en el límite del horizonte sensible, y su mirada, fija en lontananza, se cansaba; sus ojos estaban deslumbrados, y fascinada su mente por la limpidez de la atmósfera y por la serena movilidad de las olas; poco á poco se fué borrando de su inteligencia el sentimiento de la realidad y tomando fuerzas, sin sentir, su fogosa imaginación.

Y vió como en sueño la sala del teatro durante la noche del gran baile de máscaras, oyó el ruido producido por la multitud, el confuso murmullo de los que bailaban y la sinfonía de la orquesta. Evocó el cuadro entero de aquella noche de Carnaval, y descubrió entre los grupos á la máscara del dominó blanco, que sonreía voluptuosamente debajo del volante de encaje de su antifaz, brillándole los ojos como diamantes por las aberturas del raso. El sutil y penetrante perfume que dimanaba de su cuerpo flexible, envolvió á Santiago, y experimentó de tal modo en aquel sitio desierto, la sensación de la proximidad de aquella

provocativa mujer, que extendió los brazos pare apoderarse de ella. Este movimiento rompió el encanto de la ficción, y se vió solo. Un gran descontento se apoderó entonces de él, pensando que el recuerdo victorioso de Clemencia se le imponía y que no podía abandonarse un instante á sí mismo, sin estar á merced de aquella hechicera. Ya se lo dijo: «que quieras ó no.» Y por más que él se defendía sentía que ella le enlezaba, triunfante y pèrfida, dueña de su pensamiento, de sus sentidos, y autócrata soberana de su voluntad. Reflexionó respecto á sus sensaciones y se preguntó la razón de resistirse á ellas. «¿Por qué; se decía, esta instintiva repugnancia, ó más bien, este temor que abrigo?» Aquella mujer le asustaba, pues sabía cuán peligrosa era. Todos los que la habían amado hubieron de sufrir en gran manera por su culpa. La ruina, la deshonra ó la muerte eran el resultado del amor que inspiraba, y su odio se hacía aún más temible que su cariño. No obstante, ¡era tan bella, tan purpurinos sus labios, sus ojos tan aterciopelados y tan seductor su talle! Y sobre todo, «¿no soy, pensaba, el amante escogido por ella?» Mas al fijarse en esto, el recuerdo de Pedro se presentó con viveza á su mente. ¿No había adorado también aquella mujer el gran pintor? Y sin embargo, el in-



vencible hastío, el deseo de la variación, el indomable afán de placeres nuevos, cosas todas que le presentaban como odiosa la fidelidad, ¿no la empujaban á hacer traición al infeliz Laurier? ¡Cuánto sufrió el pobre Pedro! Había vertido su sudor, sus lágrimas y su sangre, para sostener el lujo de aquella maléfica mujer. Por ella se había secado la delicada flor de su genio; se había rebajado para ganar el dinero que ella espareía; y cuando no supo ya trabajar, jugó para obtener de la casualidad lo que su enervado talento no podía proporcionarle.

Todos estos accidentes de la miserable pasión que aniquiló á Pedro, Santiago los conocía. Había visto el desgraciado pintor, lúcido unas veces, avergonzado otras, exasperado muchas, recorrerlos uno detrás del otro, bajando cada día un poco más la escala de la degradación moral, juzgándose decaído, perdido, sollozando desesperado, blasfemando á gritos, y no pudiendo, á pesar de eso, dejar de correr á su perdición, cuando la mujer adorada y aborrecida á la vez, le hacía una seña con sus sonrosados dedos, ó pronunciaba una palabra con sus labios de fuego. ¿Qué condición satánica ó divina existía en aquella criatura, que volvía locos á los hombres haciéndoles sentir una rabia amorosa, imposible de calmar? Sólo

á la muerte podían compararse sus efectos: Ambas mataban, y los despojos de la una iban á surtir la voracidad de la otra. Una quitaba la vida moral, la otra la física.

Ya lo decían muchos: Clemencia Villa era una mujer fatídica y perniciosa. El semblante de Laurier se le representó tal como le veía hacía algun tiempo en sueños. Parecía mortalmente triste, movía los labios y Santiago oía estas palabras: «Cuidado, te di mi vida; pero la perderás por ella. Su función en la tierra es la de destruir á los hombres. Es la encargada de castigar, sabiéndolo ó sin saberlo, la cobardía, el egoísmo, la mentira, la infamia y todos los crímenes que el hombre comete por ella y de los cuales se lucra. Empujada por la fatalidad, hiere sin distinción al culpable y al que es débil solamente. Desvíate de ella, ten cuidado. Mira lo que ha hecho de mí. Mintió al decirte que yo deseo que la ames. ¡No! He huído de ella hasta la tumba, y la aborrezco! ¡No la creas, no la escuches, no fijas en ella tus ojos! ¡Sus miradas envilecen, sus palabras corrompen y sus caricias matan! Apártate de su camino, y si se acerca á ti, si te busca ó te llama, huye lejos, muy lejos del lugar en que se encuentre. Nadie puede resistir estando á su lado. En este instante aún es tiempo; opta por la vida ó por la muerte.»



Desapareció la sombría figura de Laurier, y Santiago se encontró solo enfrente del mar, en aquel encantador desierto en que la naturaleza se desplegaba radiante bajo los rayos del sol, y se dijo: «Me vuelvo visionario. ¿Qué significan los temores y los escrúpulos que me asaltan? ¿Puede mi existencia depender de esa mujer? ¿Estaría acaso perdido por amarla una hora ó un día? Estas son niñerías creadas por mi cerebro débil todavía, pues no me hallo aún perfectamente curado. Pero, ¿qué es lo que produce en mí esta turbación de los sentidos? ¿Qué crisis moral es la que sufro? Es un crimen que ame yo á la mujer que Pedro amó? Porque, bien pensado, este es el motivo que produce la contrariedad de mi conciencia. ¿Obro mal acaso? Ya sé lo mucho que hay de fantasía individual y de convenio social en lo que han dado en llamar bueno y malo.»

Su egoísmo le respondió: «No debemos atender más que á lo que place y á lo que se desea, lo demás no es nada.» Y aceptando este criterio, se mostraba sordo a todos los argumentos que le sugería su inteligencia en contra de la pasión que le arrastraba. En el mismo instante, mientras permanecía sentado encima de la cálida roca, con los pies al borde de las olas coronadas de espuma y en una deliciosa

calma, sus sentidos excitados le empujaron á gozar el deleite con que le brindaba aquella fatídica criatura.

Sabía que á media legua de distancia, en Niza, se celebraba fiesta; que la batalla de las flores atraía al Paeso de los Ingleses á todos los vividores elegantes; que Clemencia no faltaría; que quizá le estuviese esperando; que le llamaría y... ¡era tan corta la distancia que les separaba!...

Una violenta palpitación le quitó el aliento y le pareció que todo su ser ansiaba ir al encuentro de aquella mujer. Su desfallecida razón protestó: «Se te ha impuesto, le advertía; te ha dicho: quieras ó no... ¿Vas á obedecer cual un servil esclavo? Ningún valor y poco amor propio tienes. ¡Quédate, no vayas, guárdate!»... Pero él se puso de pie. La misma fuerza magnética que movía a Laurier, venciendo siempre, después de tantas resoluciones de ser invencible, obraba también sobre Santiago; y el encanto de aquella sirena que aniquilaba la voluntad de los que quería seducir, triunfó por completo.

El desdichado jóven, yá vencido, entró en la casa, cogió su sombrero, su sobretodo, y sin despedirse siquiera de su hermana, partió para Niza.